

—Bien, bien... Ahora á escena... luego ya veremos.

Le echaron á escena, y á pesar de su terror y su vergüenza, oyendo correr su infamia por los bastidores, adivinando detrás de cada portante ojos despreciativos fijados en él, debía trabajar y trabajó tan bien como otras veces, aún mejor, poseído de fiebre como estaba, sobre todo, en su gran escena de los *Falsos hombres de bien*.

Fué la última vez; tenía mujer é hija, se ahogó el suceso, y desde entonces no se le ha vuelto á ver en ningún teatro de París.

---

## LA EMBRIAGUEZ EN ESCENA

## LA EMBRIAGUEZ EN ESCENA

---

La embriaguez en el teatro es muy difícil de representar, porque el actor se encuentra entre el deseo de hacer la verdad y el temor de parecer ridículo. ¡Qué espectáculo tan lúgubre, efectivamente, el de esa degradación voluntaria, el de esa momentánea locura que el hombre se proporciona á sí mismo! Hay algo de cómico en ese abandono del sér humano, ese baluceo de la palabra y del ademán, las torpezas, las caídas, las insanidades de la embriaguez; pero lo cómico es tan doloroso, que raramente se puede salvar con la risa el horror y el espanto de la situación.

Al oír á la Schneider, la ilustre diva de Meilhac y Halévy, tartamudear entre

dos hipos: "¡Estoy algo achispada, chist!... no hay que decirlo"... al verla pasear á lo ancho del escenario con andar inseguro, medio arrastra, con fisonomía de idiota, se pensaba en la salida de un *restaurant* por la noche en Carnaval, cuando todas las boticas están cerradas y no hay medio de procurarse ni una gota de amoníaco.

En cambio, en el mismo teatro, Dupuis representaba perfectamente en *Los millones de Gladiator* la ligera embriaguez que sigue á un buen almuerzo, donde se ha bebido algo más que para apagar la sed. ¡Cómo se demostraban las cualidades generosas y sanas de los vinos de la tierra, de que había abusado, en la emoción fácil del joven Isidoro, en sus expansiones llenas de sollozos, y en el tranquilo desprecio que sentía por la vidal

Y la borrachera de Bressant en *El Barbero de Sevilla*, ¿la recuerdan ustedes? ¡Qué distinción, qué buen humor, y

qué respeto á la verdad y á las conveniencias!

Mme. María Laurent, antes de representar la *Ladrona de niños*, había tenido en los *Caballeros de la niebla* todo un acto de borrachera, alegría salvaje, jactanciosa; pero allí representaba un pilluelo adornado con todos los vicios, y el disfraz le facilitaba lo arriesgado y original del papel.

Pero representar en París, ante un público francés, y en una época en que la opereta no nos tenía acostumbrados á toda clase de excentricidades, representar una mujer un borracho perdido, era difícil y escabroso. La actriz vaciló mucho tiempo antes de aceptar esta creación; mas luego, una vez tomada su decisión, resolvió salvar lo odioso del personaje á fuerza de darle esa horrible realidad que llega á ser arte por la misma exactitud de conciencia y arrojo.

Su primer pensamiento fué ir á Lon-

dres á estudiar en los suburbios de la gran ciudad los asombrosos efectos del guín (1); pero careciendo de tiempo para el viaje, se contentó con mirar á su alrededor el pueblo de París que, si no tiene guín, posee, en cambio, esos terribles vinos del arrabal, tan perniciosos y tan destructores; además, tiene el ajeno, los bitters, toda una variedad de peligrosas falsificaciones, que mezclan sus envenenados colores detrás de los sucios vidrios de las tabernas.

Desde el amanecer, en los bulevares exteriores, hay que ver á los obreros que van al trabajo estrujarse bajo las cortinas apenas levantadas de las tiendas de vino, y absorber, para corregir el aire helado y descolorido de las madrugadas parisien- ses, un gran vaso de aguardiente, lo que llaman "la gota". ¡Y qué gota! Un poco de

(1) Aguardiente fabricado con el fruto del enebro, del que se hace un gran consumo en Inglaterra y Holanda.

este líquido que desborde y caiga al zinc del mostrador deja una mancha azul ó violeta, una mancha corrosiva, como el sitio caliente todavía de una cerilla inflamada. Figúrense Uds. esto cayendo en un pobre estómago y en ayunas "Esto espavila", dicen. ¡Sí! embrutece más seguramente aún, y muy pronto la borrachera de París no tendrá nada que envidiar á la de Londres...

Muy amenudo, al salir del teatro María Laurent, acompañada de su esposo, seguía horas enteras uno de esos desgraciados intoxicados que iba pegado á la pared, gesticulando y arengando á las puertas y ventanas, hablando alto de su sueño, un sueño incoherente, tan pronto animado, tan pronto melancólico. Estudiaba esa voluntad derrotada que conduce al cuerpo en todos sentidos, y que, vencida y extenuada al fin, le arrincona en algún lindero ó lo arroja en el borde de una acera, pálido, bestializado, y con una

sonrisa crispada de cansancio y sufrimiento. Cada día la artista notaba un nuevo rasgo, un nuevo gesto; pero á medida que salía de lo convencional para entrar en la realidad, se asustaba de lo horrible de su tarea. Es imposible, decía, que el público me deje llegar hasta el fin.

Así es que en ninguna de sus otras creaciones tuvo más miedo que la noche del estreno de *La ladrona de niños*, cuando hizo su entrada en el sexto cuadro. Salió por el fondo del escenario, por una puerta elevada sobre algunos escalones. Su terror se aumentaba con esta difícil bajada característica, que debía efectuar con todas las reglas del arte.

Admirablemente envuelta en la suciedad de sus pingajos, asustada y pálida, apoyándose, rodando y agarrándose, llegó hasta el último peldaño, sin que el público manifestara su impresión. Aquel silencio glacial turbó á la actriz; había contado con que desde su aparición, la sala entera

se entusiasmaría, ó sublevada, lo manifestaría en seguida.

No hubo nada de esto. La estupefacción lo dominaba todo. No se hacía más que mirar y esperar. ¡Qué largos le parecieron aquellos seis escalones! "Hubiera hecho el trayecto diez veces de la Magdalena á la Bastilla, nos contaba después; no me hubiera cansado tanto como me cansé hasta llegar al último peldaño."

Son momentos terribles para el actor, que ve aquellas cabezas inclinadas ó erguidas ante él, y aquellos millares de ojos en los que no puede leer otra cosa más que una expresión de espera, de curiosidad ávida é indefinida...

Pero cuando llegó al proscenio, cuando el público se vió delante de aquella imagen espantosa de la borrachera, ante aquella cara pálida, convulsa por terribles quemaduras interiores, aquellos grandes ojos por donde pasaban llamas,

aquellos cabellos negros pegados y sucios por el barro del arroyo, donde se habían empapado veinte veces, cuando el público comprendió de repente que aquel montón de andrajos vivía, sufría sobre todo, y que no tenía delante una borracha inno-ble, sino alguna condenada, olvidada por el Dante, llevando en sí su infierno, entonces se conmovió lleno de piedad y entusiasmo, y recompensó á la valerosa actriz por aclamaciones prolongadas.

---

SESENTA AÑOS DE TEATRO